

DÍAZ PLAJA, FERNANDO, *La Vida Cotidiana en la España Romántica*, Editorial Edaf, Madrid, 1993, Clío, Crónicas de la Historia (357 págs).

En esta obra Díaz Plaja parte de la afirmación de que el romanticismo no tuvo tan corta vida como algunos han querido asignarle y que el siglo XIX se vió influenciado y enriquecido por sus aportes en todos los campos, más allá del plano literario.

Ser romántico además de una moda era una cultura, un momento histórico de crisis y alzamientos, de pugna entre el absolutismo que iba debilitándose frente a los avances liberales, de guerras civiles como las tres carlistas, de cambios sociales con la aparición de nuevos tipos, en la que destacaba una burguesía media que buscaba abrirse paso en una sociedad de apariencias y exquisiteces.

Los elementos románticos pervivieron a lo largo de la centuria signados por constantes tales como muerte, fanatismo, fatalismo, rebelión contra las autoridades, prejuicios burgueses, soberbia y gusto por la diversión.

Todos estos aspectos se conjugaron como eslabones de una cadena en un mundo muy especial y dieron como resultado una galería de tipos humanos que protagonizaron esta España tan particular: el lechuguino, el pollo, el calavera, el rebelde, el cursi, el empleado, el fumador, el barbero y el médico.

Entre todos uno cobrará la gloria máxima: el poeta. Fue la época del reinado del verso por excelencia, un verso que era recitado en las tertulias, escrito en los álbumes de las damas o se ponía al servicio de la política, de acuerdo al bando que se quisiera exaltar. Imbuía la vida misma de la gente; y el mundo de la lírica, el teatro y la ópera lo expresaban a través de un Don Juan Tenorio o una Lucía de Lamermoor.

Las preferencias por determinados autores eran tan variadas como los géneros literarios que se abordaban, se cultivaba tanto Schakespeare o Moratín como Molière, Zorrilla o Bretón de los Herreros.

Surgieron grandes mitos que exaltaban este romanticismo como Don Alvaro o la fuerza del destino del Duque de Rivas.

De esta España tan personal, Díaz Plaja dirá que en este momento se ha revelado la verdadera esencia de lo español a través de un individualismo exacerbado, opinión que comparto plenamente con el autor.

Es una España que vuelve sobre los esquemas clásicos a manera de modelos: el siglo de oro o los tiempos medievales. Este romanticismo se expresa a través de la aguda y profunda visión, muchas veces satírica, de uno de sus mejores hijos, el costumbrista Mariano José de Larra (Fígaro), que fue fiel al movimiento a tal punto de suicidarse, tal era el código de la esencia romántica.

El amor es el principal protagonista, el motor o causa primera de esta España romántica. Los sentimientos priman sobre la razón, tanto en política como en los afectos. Era un amor tan extremo que puede decirse que era de los que matan mejor y más eficazmente que cualquier arma. Por él perecieron Los amantes de Teruel o el mismo Larra.

El romántico era un hombre que estaba por encima de todo y no le gustaba sujetarse a los deberes.

Este tiempo está signado por numerosos cambios, indicativos de progreso que se traduce en la industria, el comercio, y la llegada del ferrocarril.

La influencia francesa está muy presente y es por algunos rechazada y criticada. Esta influencia puede descubriese en la ropa, en las formas de hablar y hasta en los medios de comunicación. Se buscaba equiparar a España con Europa.

Díaz Plaja pone como fecha de finalización del romanticismo el año de 1874, basándose para ello en la literatura que irá anunciando el realismo y el naturalismo.

Todos los temas se dan cita aquí: el baile, la comida y la bebida, el saludo y el trato, el galanteo y los paseos de moda, los cafés, las casas, los medios de transporte y la muerte, un tema clave que, si bien importó al español de toda época, en ésta estaba exacerbado. Se requería limpiar el honor y para ello los duelos estaban a la orden del día. Siempre le preocupó al español el morir bien, reconciliado con Dios en su último momento, aunque haya renegado de Él en vida.

Por fin llega a los toros, la gran fiesta popular en la cual encontraban su lugar de distracción quienes no podían ir a los lugares finos y elegantes como los Teatros de ópera o los Salones de Fiestas.

En definitiva el autor nos acerca a un mundo apasionante a través de un relato ameno y vivo. Este mundo es recreado en la obra a través de los relatos costumbristas y de los comentarios de los autores de la época utilizando para ello sus principales obras. Además incluye pinturas y grabados procedentes de la Biblioteca Nacional de Madrid y del Museo Romántico. Es muy valioso también el aporte de relatos de viajeros por la España de aquel tiempo tal como se nos presenta Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero, que aporta una visión distinta de la local y a veces más positiva.

El objetivo propuesto por Díaz Plaja en el prólogo se cumple por demás, pues nos acerca a la España del romanticismo tan entrañablemente que nos la hace querer, gustar, y por que no trasladarnos en el tiempo.

MARÍA MERCEDES BRETÓN

CARLOS BLANCO ESCOLÁ, *Franco y Rojo, dos generales para las dos Españas*, Barcelona, 1993, Ed. Labor, 253 págs.

Carlos Blanco Escolá sitúa su trabajo en el marco de la Guerra Civil Española: 1936-1939; el objetivo del mismo es comparar dos formas distintas de entender y conducir dicha guerra; de concebir el ejército que tuvieron dos generales de aquella España dividida, el general Francisco Franco y el general Vicente Rojo.

El autor analiza tanto el proceso de formación de los dos bandos que lucharon en la contienda civil española, como el de las dos "España Divididas" que en ella se enfrentaron, tomando como hilo conductor de su exposición los distintos intentos franquistas de tomar la ciudad de Madrid.

La obra se divide en tres partes, a través de las cuales, basándose en dos personajes de vital importancia como lo son Francisco Franco y